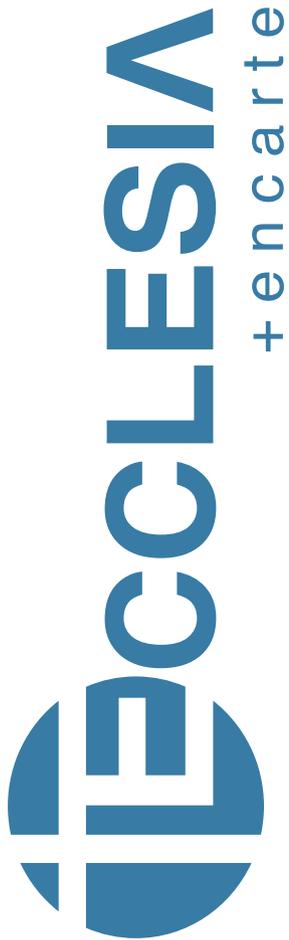


30 de marzo de 2019



Tibieza y mediocridad

La Iglesia ante la crisis
por los escándalos
sexuales



Por Félix del Valle Carrasquilla





T

al vez la Iglesia vive uno de los momentos más dolorosos de su historia. La consecuencia visible es la crisis de los abusos sexuales que salen a la luz. Es preciso afrontar bien esta crisis, con actitudes verdaderamente cristianas, sobrenaturales, para que se remedie y además se convierta en ocasión de gracia, de conversión, de cambio, de purificación, de renovación. Para ello es necesario ir a la raíz, tanto de las causas como de los remedios, no quedarse solamente en los efectos; ir a los verdaderos males, no quedarnos en los síntomas. Nos quedaríamos cortos si lo afrontáramos solamente desde el punto de vista penal, o como un problema de pérdida y recuperación de la credibilidad de la Iglesia, o solamente tomáramos medidas canónicas y disciplinarias, necesarias pero insuficientes.

Por encima de todo: son
pecados, no solo delitos

Estamos ante delitos civiles, pero también y, sobre todo, ante *pecados*. Y es absolutamente necesario afrontarlos y tratarlos como tales. Sin que juzguemos la responsabilidad y la culpa de nadie en particular. Los pecados no se combaten ni vencen con armas humanas, sino con las armas de Dios: «Por lo demás, buscad vuestra fuerza en el Señor y en su invencible poder. Poneos las armas de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nues-

tra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire. Por eso, tomad las armas de Dios para poder resistir en el día malo y manteneos firmes después de haber superado todas las pruebas» (*Ef 6, 10-13*). Los demás medios deben ser complementarios, no pueden sustituir el empleo de *las armas de Dios*.

Puesto que estamos ante pecados, es preciso pedir perdón a Dios y a las víctimas; es necesario convertirnos y hacer penitencia. Y reconocer que las causas no son ambientales, externas, circunstanciales. Estos elementos influyen, ciertamente, pero no son la raíz del problema, es decir, de los pecados. Las causas son personales, tienen que ver con las actitudes de la persona, del cristiano, del sacerdote. Así pues, la intervención correcta debe apuntar a la causa verdadera. Y debe servirse de los medios verdaderos, es decir, debe emplear *las armas de Dios*.

A la raíz de las causas

Comparto el enfoque de **Amedeo Cencini**. Después de referirse a las posibles actitudes defensivas que podemos adoptar ante esta crisis, señala a la mediocridad como su causa última: *los escándalos de algunos son el resultado de la mediocridad de muchos* (1). Pienso que tiene razón. El mal principal —principio del que proceden los demás— es la mediocridad; que nos afecta a todos, no solo a los que han caído en conductas abominables.

También es abominable la mediocridad de otros que no damos escándalos en la prensa; y ése es sin duda el escándalo mayor, el más peligroso: que no nos escandalicemos de la mediocridad, que la permitamos campar a sus anchas en nuestras vidas, que autoricemos y justifiquemos la mediocridad en la Iglesia y particularmente en el clero, que se piense que es *normal* ser cristianos o sacerdotes mediocres.

La persona tibia quita importancia a sus pecados y los justifica

Los Santos Padres, en sus escritos sobre el sacerdocio, pedían que quien recibiera la ordenación tuviera una alta vida espiritual (2). Incluso algunos de ellos rehusaron el sacerdocio al considerarse sin vida espiritual suficiente. Por eso san Juan de Ávila pide también que no se ordene quien no tiene vida de oración ni santidad suficientes. Antes, escribe, se deseaba la santidad de vida y no la responsabilidad del sacerdocio; hoy —escribía en su época y debemos pensarlo también de otras, sin excluir la nuestra— se desea el sacerdocio pero no la santidad que requiere. Y así pedía al Concilio de Trento: «Si quiere, pues, el sacro Concilio que se cumplan sus buenas leyes y las pasadas, tome trabajo, aunque sea grande, para hacer que los eclesiásticos sean tales que more en ellos la gracia de la virtud de Jesucristo... Y hase de mirar con grandísima diligencia en esta elección, no sea preferido el más docto al más virtuoso, ni hagan contrapeso las letras donde los hiciere por otra parte la virtud... Que por experiencia conocen todos, casi nunca haber dañado a la Iglesia el sacerdote selecto que no fuese letrado, ni rico, ni alto; y siempre le dañó mucho la malicia armada de letras y de dignidad» (3). Esto no significa que solo los santos e intachables puedan ser sacerdotes, pero sí que no debe ordenarse quien



viva instalado en la tibieza y la mediocridad. Tampoco es donatismo, que afirmaba que la validez de los sacramentos y demás actos ministeriales dependen de la virtud y la santidad del ministro. El Magisterio de la Iglesia sostiene que «la eficacia del ejercicio del ministerio está condicionada también por la mayor o menor acogida y participación humana. En particular, la mayor o menor santidad del ministro influye realmente en el anuncio de la Palabra, en la celebración de los Sacramentos y en la dirección de la comunidad en la caridad» (4). Y así lo decía Benedicto XVI: «Sabemos bien que la validez del sacramento no depende de la santidad del celebrante, pero su eficacia será tanto mayor, para él mismo y para los demás, cuanto más lo viva con fe profunda, con amor ardiente y ferviente espíritu de oración» (5).

Tibieza

Todos somos pecadores, todos estamos en camino, los que llegaron a la santidad antes fueron también pecadores y necesitaron conversión. Pero no fueron tibios ni mediocres, al menos desde que tomaron la «determinada determinación» de caminar hacia la santidad. Me gusta la distinción que aprendí entre ambas: tibieza y mediocridad.

La tibieza es en primer lugar justificación del pecado: lo quita importancia, lo autoriza, lo mantiene, sin dolor, sin remordimiento, sin lucha. El tibio no solo es pecador: es tibio porque quita importancia a sus pecados y se los justifica. En primer lugar a los pecados veniales, diciéndose que no son graves, que no llegan a ser mortales; pero fácilmente, por el embotamiento progresivo de su conciencia a causa de su licencia para pecar, termina justificando también el pecado mortal. Si no todos, por lo menos algunos, de las materias que el tibio decide que no son tan graves.

Las consecuencias son variadas y terribles. La primera es el debilitamiento de la vida espiritual. Los pecados reconocidos y detestados no impiden crecer: son perdonados y se convierten entonces en ocasión de gracia más abundante, porque «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20). Y, como recuerda el Salmo: «Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; propuse: "Confesaré al Señor mi culpa", y Tú perdonaste mi culpa y mi pecado» (Sal 31, 5). La contrición y el perdón, la conversión y la humildad, la gratitud y la esperanza, la alegría y el progreso, se dan en la vida del pecador arrepentido y penitente. Sin embargo, el tibio se detiene, se anquilosa en el mal que él mismo se autoriza; y no sólo



eso: se va debilitando, camina espiritualmente hacia atrás, retrocede, debilita y disminuye su fervor, va perdiendo el «amor primero» (Ap 2, 4). El tibio se parece a un hombre que se clava cuchillos y se lo justifica aduciendo que no se está clavando en órganos vitales, que no se está suicidando. De momento no, pero poco a poco, más deprisa de lo que piensa, se irá desangrando, su organismo se irá debilitando y morirá. No muere inmediatamente a causa de las heridas que se inflige a sí mismo, pero no tardará en hacerlo si sigue obrando de ese modo insensato. Porque es necesidad actuar así, tal modo de obrar manifiesta una falta de razón. En lo que respecta a la vida espiritual, el tibio manifiesta su poca fe y la va debilitando, no raramente hasta perderla o, cuando menos, desconectándola de su vida. La segunda consecuencia de la tibieza está implícita en lo anterior: es la aproximación creciente al pecado mortal, la inclinación cada vez más poderosa hacia el mal, el debilitamiento progresivo de la capacidad de resistirlo. Así se termina no raramente cayendo en lo que al principio se evitaba, traspasando la frontera que al principio estaba vetada y tal vez parecía imposible de franquear. Respecto a la sexualidad, se hace presente otro aspecto muy importante: los pecados veniales justificados, mantenidos,

no combatidos, van reclamando dosis mayor de excitación. La satisfacción sexual que al inicio bastaba al tibio se va manifestando cada vez más insuficiente, moviéndole a adentrarse en terrenos cada vez más excitantes, más sórdidos, más groseros, más desordenados, más pecaminosos.

Se junta otro elemento que vale para todos pero que tiene una aplicación muy particular en el caso de los sacerdotes: la vida puede ir presentando insatisfacciones y dificultades, fracasos y vacíos afectivos, conflictos y decepciones que al tibio le resultan imposibles de soportar sin buscar compensaciones, pues su fe es débil como para experimentar con fuerza la Presencia y el Amor de Jesucristo. No es entonces nada extraño que el tibio que empezó recurriendo a compensaciones veniales termine necesitando otras más fuertes y graves, cada vez más...

Y además, el tibio va minando su fe, aunque la mantenga en su integridad dogmática. Pero va perdiendo realismo y fuerza: las verdades de la fe van dejando de motivarle y de afectarle, van perdiendo influjo en su vida, hasta el punto en que ya no le «dicen nada». Y no es raro que vaya también excluyendo de su fe los contenidos que contrarían a sus conductas mantenidas y justificadas. Es un lógico mecanismo de defensa para

librarse del remordimiento y de la llamada a la conversión, del abandono de aquello que no quiere dejar. Relativizará la moral, desobedecerá al Magisterio, dejará la oración, perderá la intimidad gozosa con Jesucristo. No dar importancia a la tibieza y justificarla, permitir sistemáticamente la ordenación sacerdotal de cristianos tibios, pensar que la vida espiritual del sacerdote no tiene ninguna o muy poca importancia en la eficacia de su ministerio sagrado, ver la santidad sacerdotal nada más como un asunto privado deseable... pienso que es nefasto, dañino, terrible. Para san Juan de Ávila, en la raíz de los males de la Iglesia, y aun del mundo, está la falta de santidad del clero: «...porque así como la maldad de la clerecía es causa muy eficaz de la maldad de los seculares, así hizo Dios tan poderoso al estado eclesiástico, que, si es el que debe, influye en el pueblo toda virtud, como el cielo influye en la tierra» (6).

Mediocridad

Es más sutil que la tibieza, menos clara en su pacto con el pecado. Puede pasar desapercibida a los propios ojos e incluso justificarse como prudencia, como mesura, hasta como virtud. El mediocre fácilmente se dice a sí mismo que la virtud está «en el justo medio», entendiendo como tal el medio mundano y carnal. Podríamos definirla por estos rasgos.

El tibio manifiesta su poca fe y la va debilitando hasta perderla

Recorte y rebaja del ideal evangélico

El mediocre no niega en teoría la llamada universal a la santidad, ni su propia llamada personal. Pero la ve imposible en la práctica o la identifica con realizaciones humanas a su alcance. Para el mediocre la santidad no nos hace «raros», no nos hace «anormales»: los santos son personas «normales». Y para él lo «normal» es lo «corriente» en el mundo y —posiblemente— en la Iglesia. Mientras que, en realidad, lo «normal» es lo que se corresponde con la norma, lo que se ajusta a ella: y la norma del cristiano es el Evangelio y el testimonio de quienes lo han vivido, los santos. Y lo «corriente» es lo común, lo más frecuente, aunque no sea normal, aunque no se corresponda con la norma. De este modo el mediocre renuncia al don de Dios, a la altísima vida que Dios nos ofrece, en aras de la «normalidad». Se conforma con ser buena persona, no hacer mal —visible— a nadie.

Y, en lo que toca al sacerdocio y su eficacia santificadora, la mediocridad niega aquella relación intrínseca entre la vida espiritual del pastor y el fruto de su ministerio. Tal vez no la niegue en la teoría, puesto que la ve afirmada por el Magisterio; pero no la incorpora a su vida y posiblemente la discuta, o piense que tiene que ver solamente con el testimonio creíble de una vida que avale las palabras. Estoy convencido de que, en la medida en que los planteamientos formativos en los seminarios no dejen clara esta relación —o peor aún, si la desprecian—, se justifica la mediocridad del clero, se confirma la falsa creencia de que no es precisa la santidad del pastor, se niega el impulso a la santidad sacerdotal necesaria para el avance del Evangelio, para la conversión del mundo. Sin camino serio a la santidad por parte de los pastores de la Iglesia, no habrá sino retrocesos en la evangelización, no puede crecer la Iglesia, no puede haber abundancia de frutos de gracia. Es la «ley ordinaria» de la que habla *Presbyterorum ordinis* (7).

Correlativamente, la mediocridad resta importancia al mal y recorta también por abajo la vida evangélica. Ni estamos llamados a ser tan buenos... ni somos tan malos; ni debemos esperar la santidad ni estamos en peligro de perdernos; ni es necesaria la virtud ni el pecado es tan dañino... El mediocre piensa: «Somos humanos, ni ángeles ni demonios». Ni podemos ser santos ni podemos condenarnos. No hay que exagerar...

Dar más importancia a lo exterior que a lo interior

El mediocre atiende más, mucho más, a lo exterior que a lo interior. Me refiero a las realizaciones cristianas y sacerdotales. El mediocre se queda en lo que se ve, en lo que para él es «la realidad», olvidando o descuidando lo que es verdaderamente real pero no se ve si no es por el vigor de la fe. Como el mediocre tiene poca fe, no lo capta, al menos con suficiente realismo como para ser influido por ella; o con suficiente humildad para darse cuenta de que, aunque a él todavía no le mueva, la fe le asegura que es lo más importante, lo más real, lo principal.

Por ejemplo, a la hora de preparar la celebración de la Misa, el mediocre se queda en preparar lo que se ve: las ropas, el pan y el vino, las velas, las luces, los cantos...; mirará las lecturas solo si tiene que predicar y preparará o intentará preparar lo que tiene que decir. Pero olvidará prepararse él interiormente a celebrar el misterio sobrecogedor de la Pascua de Cristo, dará por supuesta la fe y la caridad, no se pondrá a la escucha de la Palabra que Dios quiere decirle a él aunque no tenga que predicarla a los otros...

Sí, la Misa será *válida*, causará *ex opere operato* la conversión del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Pero hay que preguntarse si será *eficaz*, si impulsará a la santidad la vida espiritual de quien la celebra, si santificará a los que asisten, si hará crecer a la Iglesia, si servirá para la conversión del mundo... Creo firmemente

y sostengo lo que afirma el Magisterio: aunque la validez de los sacramentos no depende de la santidad del ministro, la eficacia sí. Y no sólo en lo relativo a los sacramentos, sino a la totalidad de las acciones ministeriales: también la predicación y el gobierno pastoral en la caridad (PDV 25).

Dar más importancia a lo natural que a lo sobrenatural

También la mediocridad se apoya en los medios naturales más que en los sobrenaturales. Cuida más la vida terrena que la vida eterna, la salud del cuerpo que la vida espiritual. Decide que para su actividad apostólica necesita más estar bien dormido que estar «bien rezado», bien comido que bien dispuesto espiritualmente, con la fe y la caridad vivas, encendidas. Los santos pastores dan ejemplo de lo contrario: santos de una actividad apostólica abundantísima han preferido pasar horas de la noche en oración aunque por el día estuvieran cansados; han preferido ayunar o comer mal —lo que un mediocre vería mal—; sobre todo han puesto por delante los medios explícitamente sobrenaturales, convencidos de que la eficacia de su ministerio dependía de ellos.

El mediocre se queda en lo que se ve: las ropas, las velas, los cantos...

Estos medios sobrenaturales son sobre todo la expiación y la intercesión. La mediocridad no los valora, ni siquiera los entiende, incluso los desprecia. Pero son los únicos valiosos y eficaces. El santo Cura de Ars, san **Juan María Vianney**, los puso en la raíz de su sacerdocio y su ministerio. Cuando le preguntaron por su método para convertir a los penitentes, respondió: «No hago nada especial. Solamente que a ellos les pongo una penitencia pequeña: *el resto la hago yo*». Para él eso no era nada especial; era lo *normal* —por desgracia tal vez no es lo *corriente*—: expiar por los penitentes, cargar él con sus males, sufrir él más que ellos. Por eso dejaba actuar a Dios y ellos se convertían.

La raíz de los remedios

Es necesario, y urgente, romper con la tibieza y la mediocridad como compatibles con el sacerdocio. Es preciso dejar claro, absolutamente, que no se pueden tolerar, ni justificar, ni admitir. *Si los escándalos de algunos son el resultado de la mediocridad de muchos*, eso significa que debemos examinar-nos todos, y examinar nuestros planteamientos formativos, y nuestros criterios de admisión a las órdenes. Para que se correspondan con los del Magisterio y los de los santos. Se podrá decir que no hay que ser idealistas, que hay que pisar tierra, que hay que contar con la debilidad humana, que somos hombres y no ángeles, que no hay que hacer del sacerdocio un estado para los puros ni una élite de la santidad... Se podrá aducir todo eso, sí; pero no hay que hacerle caso, no hay que dejarse engañar por ello. Son criterios carnales, mediocres. Para rebajar el don que Dios quiere conceder a su Iglesia, para quitar importancia al mal.

Porque se trata de esto: de lo que Dios mismo nos dice que quiere concedernos, de recibir su gracia para vivirlo, de no dimitir de la esperanza, de no abdicar de la fidelidad, de no querer pensar como los hombres sino de pensar





como Dios. Se trata de ver qué piensa Dios del sacerdocio, qué nos dice acerca de la santidad de los ministros, qué se ha comprometido a darnos.

Sexualidad y homosexualidad

El mundo contemporáneo absolutiza la sexualidad y hace de ella algo omnipresente; es evidente la erotización de la sociedad, hasta el punto que parece que todo está teñido de sexo: literatura, películas, publicidad, educación, relaciones... Pero a la vez la minimiza, quitándole importancia en el nivel personal y moral —excepto cuando toca a los pecados de los eclesiásticos—. Es una tan solo aparente contradicción: en realidad son dos consecuencias aparentemente alejadas que brotan de una misma raíz. Esta raíz es el olvido de que la sexualidad humana tiene sentido *esponsal*. Cuando esto se olvida, cuando la sexualidad se convierte en un asunto meramente animal, biológico, instintivo, fisiológico, entonces se absolutiza por una parte, como la satisfacción imprescindible de un deseo vehemente y profundo; y por otra, se la despoja de su moralidad y responsabilidad, viendo

en los actos sexuales, aun en los que puedan todavía considerarse inconvenientes, algo disculpable, fruto de la debilidad del ser humano y de la fuerza de sus instintos.

En la Iglesia no debemos considerarnos inmunes y ajenos a esta visión de la sexualidad. El ambiente nos influye, sin que queramos e incluso sin que seamos conscientes. Se manifestaría al menos en estas dos consecuencias. La primera: se considera el celibato, en el fondo, como algo antinatural, necesariamente costoso y desagradable; como una renuncia al ejercicio de aquella poderosa energía sexual sin la que no puede vivirse, o puede vivirse malamente; como una represión que no puede dejar de explotar antes o después... La segunda: se quita importancia a los pecados sexuales, se ve en ellos algo «humano», disculpable, prácticamente inevitable... Si a esto le añadimos la tibieza, que justifica el pecado venial, estamos ante una bomba de relojería...

Pero la sexualidad humana es distinta de la animal. Tiene un sentido constitutivo, un significado intrínseco, que no puede ser desechado. Tiene significado *esponsal*: la sexualidad humana está hecha para ser expresión de la persona que se entrega totalmente en amor *esponsal*. Siempre a Jesucristo, el Esposo:

La sexualidad humana está hecha para ser expresión del amor

a través del cónyuge en el sacramento del matrimonio; inmediatamente en el celibato y la virginidad. Si esto no se entiende, si esto no se vive, el celibato será sentido y vivido únicamente como una represión afectiva y sexual. Por esta razón la Iglesia dice que «es particularmente importante que el sacerdote comprenda la motivación teológica de la ley eclesiástica sobre el celibato» (PDV 29).

Esto significa, además, que la sexualidad humana no es un elemento más de la persona. Es como un «microsistema» de la personalidad, como un «microcosmos» reflejo del «macrocosmos» que es la persona entera. Así lo afirma



Stefano Guarinelli: «Podemos identificar el puesto singular que ocupa la sexualidad dentro de la personalidad de esta manera: si la personalidad se entiende como un gran sistema que organiza todo el conjunto de rasgos que pertenecen a una persona, la sexualidad no es un rasgo más, ni tampoco un simple subsistema de rasgos, sino un verdadero y propio microsistema de la personalidad. Es como decir: en la sexualidad se encuentra «en pequeño» aquello que «en grande» —es decir, a nivel del conjunto— se halla en toda la personalidad» (8).

Sin que haya que centrar la vida y la formación sacerdotal en la obsesión por el sexto y el noveno mandamientos, sí es necesario atender al modo como se vive la sexualidad, porque muestra cómo vive la persona, cómo es. No puede haber entonces madurez personal e inmadurez sexual; no puede haber madurez sacerdotal y habituales debilidades sexuales. No es una cuestión puramente moral, sino ante todo antropológica, que habla de la veracidad de la vida espiritual.

Y, entonces, también es preciso hablar de la condición o tendencia sexual. La homosexualidad no es indiferente. No se puede ignorar en aras de la castidad pensando que lo que importa es

ser casto. No pueden pasarse por alto las normas de la Iglesia claramente expresadas en lo concerniente a la admisión a la ordenación sacerdotal de personas homosexuales.

Expiación

Los fines sobrenaturales solo se alcanzan con medios sobrenaturales. Los males sobrenaturales solo se remedian con medios sobrenaturales.

Estamos ante pecados, no solo ante delitos y escándalos. Pecados de comisión, de deseo, de omisión, de complicidad en el mal, de indiferencia, de escándalo, de abuso, de lujuria, de tibieza, de orgullo, de desobediencia, de egoísmo, de falta de fe, sacrilegios en la celebración de la Misa y la administración del perdón... Reiterados, mantenidos y justificados durante años... Su maldad principal es espiritual, afecta a la vida eterna. Y los daños más importantes están en ese mismo nivel, tanto en quienes los cometen como en quienes son víctimas de ellos, y en quienes los conocen, los esconden, los toleran, y en quienes lo sufren como escándalos, a quienes les roba la fe, a quienes les aparta de Dios y la Iglesia... Y en toda la Iglesia...

Nos importa el bien total de las víctimas: físico, psicológico y espiritual. Nos importa que quienes han sido escandalizados en su fe recobren el vigor de la misma, que quienes se han apartado de Dios se acerquen de nuevo a Él. Nos importa que los autores de tales pecados se arrepientan, se conviertan y se dejen perdonar. Nos importa que el Cuerpo de Cristo en todos sus miembros viva santamente, no mediocrementemente. Nos importa que el mundo pueda recibir el Evangelio por la santidad de la Iglesia y sus miembros. Nos importa que los sacerdotes estén en camino serio de santidad, para que puedan ser dispensadores eficaces de la gracia divina.

Nos importa el bien total de las víctimas: físico, psicológico y espiritual

Solamente puede ser el fruto del abandono de la tibieza y la mediocridad; solamente puede ser el fruto de la expiación, por parte de todos, de quienes escandalizaron y de quienes no, de quienes cayeron en conductas escandalosas y de quienes no. En primer lugar, de los segundos en favor de los primeros y sus víctimas. Para que las víctimas puedan ver y asumir sus sufrimientos con actitudes salvíficas, para que no les aparte del Bien el mal que les hicieron, para que puedan curar sus heridas, para que puedan perdonar y vivir en la Paz de Dios; para que los autores se conviertan, hagan penitencia y se salven. No bastan palabras de consuelo para unos, no bastan medidas disciplinarias para otros. Todos necesitan que expiemos en su favor, por ellos, en su lugar.

La expiación es el modo *normal* de comunicar la gracia, de salvar del pecado, de librar del mal. No es que Dios necesite el sufrimiento de unos para perdonar a otros. Es la ley del Cuerpo Místico: *Completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col 1, 29)*. La expiación es el dolor que brota de la caridad, que se compadece de los pecadores, que sufre con ellos, que se pone en el lugar de las víctimas y siente como propios sus males, que se siente movida a tomar sobre sí las penitencias en favor de los demás... Esto quiere decir que es absolutamente necesario que, para que sanen unos miembros, otros carguen con los sufrimientos de su curación, con las penas de sus males, con la penitencia por sus pecados. Estimo que, sin expiación sería, en intensidad y extensión —es decir, en dolor vivo asumido por muchos en la Iglesia—, no habría remedio real a la crisis alumbrada.

Como escribió santa **Catalina de Siena** a un joven a quien pedía que se convirtiera, por cuya conversión pedía a Dios cargando ante Él con sus pecados. Porque no hay otro modo cristiano de que los pecadores sean convertidos sino rezar y expiar por ellos: «Comienza una vida nueva y tomaré sobre mí tus pecados, que consumiré en las llamas de la caridad divina; después haré pe-

nitencia por ellos con lágrimas y súplicas».

Lágrimas de arrepentimiento y penitencia

Es necesario combatir la tibieza y la mediocridad. Y es necesario llorar y hacer penitencia. Todos. Los que abusaron y los que no. Para que puedan hacerlo los culpables. Y me atrevo a añadir que también las víctimas: que pidan a Dios la gracia de hacer penitencia por sus verdugos, perdonándolos y amándolos con la caridad de Cristo... Yo no soy nadie, débil y pecador como el que más; pero pido a Dios que no permita que me instale en la tibieza y la mediocridad, y que me conceda la gracia de la expiación, para mí, para las víctimas y sus abusadores, y para la Iglesia, y para el mundo.

La oración colecta de la segunda Misa para pedir el perdón de los pecados y las lágrimas por ellos nos hace pedirle a Dios este don: «...haz brotar de la dureza de nuestros corazones las lágrimas de compunción, para que lloremos nuestros pecados y, por tu misericordia, merezcamos obtener el perdón». También lo pide la Iglesia en la memoria de santa **Mónica**, que obtuvo de Dios con sus lágrimas la conversión de su hijo Agustín: «...concédenos, por intercesión de madre e hijo, llorar nuestros pecados y alcanzar la gracia de tu perdón». Debemos pensar que el perdón está vinculado a las lágrimas y a la penitencia, y será proporcional a las mismas. El perdón de uno está vinculado a sus lágrimas, pero también el perdón de unos está vinculado a las lágrimas de otros por ellos... especialmente cuando ellos no saben llorar sus propios pecados. Como el Cura de Ars a un penitente que le preguntó por qué lloraba: «Hijo, lloro yo porque no lloras tú».

Mas el dolor mayor es el de Jesucristo mismo, inmensamente mayor que el que podamos sentir nosotros. Y mayor aún que el de las víctimas mismas. También en relación a lo hecho a las vícti-





SILENCIO
AREA DE ORACIÓN

mas pueden aplicarse sus palabras: «Lo que hicisteis a uno de estos... A MÍ ME LO HICISTEIS». ¿No es terrible? Él siente en carne propia el dolor y el ultraje, el llanto y el oprobio de todas las víctimas juntas. Él estaba misteriosamente presente en la pasión de cada una, haciéndola formar parte de su propia Pasión. Y Él siente pena por los autores, se compadece de ellos, ha cargado ya en la Cruz con sus pecados para que, asociándonos nosotros a su Cruz, puedan ser perdonados. Si nosotros nos apenamos y dolemos, ¿cuánto se apenará y dolerá Él, que ha muerto por cada uno, víctimas y abusadores, que los conoce y los ama hasta el extremo? La expiación es la compasión con Cristo, de Él y con Él, por todos.

Pues lloremos por Jesucristo, ultrajado, traicionado, pisoteado, vendido de nuevo, obstaculizado por culpa nuestra en su deseo de que su Rostro sea reconocible en su Iglesia y pueda hacer llegar la Salvación a todos...; lloremos por tantas víctimas, ultrajadas, heridas, pisoteadas, ofendidas, dañadas, escandalizadas por quienes debían haber colaborado con Dios para ayudarlas...; lloremos por los autores de los escándalos y por quienes han pecado tanto o tal vez más pero en secreto, pues no salieron a la luz sus pecados: lloremos por su conversión y por su salvación, compartiendo el miedo de Cristo a perderlos eternamente...; lloremos por la Iglesia, la Esposa, el Cuerpo de Cristo, debilitada en su Vida, ulcerada e impedida en su misión de testimoniar con claridad para el mundo el Amor de su Esposo y Cabeza...; lloremos por tantos mediocres y tibios, que alimentamos con nuestra vida la debilidad de la Iglesia y facilitamos así los escándalos de otros, en peligro siempre nosotros mismos de llegar a cometerlos... Pidamos a Dios que nos conceda la gracia de llorar y hacer penitencia. ●

Notas

- ✓ 1. Cfr. A. Cencini, *¿Ha cambiado algo en la Iglesia después de los escándalos sexuales? Análisis y propuestas para la formación*, Salamanca 2016.
- ✓ 2. Por ejemplo, san Gregorio Nacianceno en la *Oratio Secunda, Ad fugam*: «Porque no basta que el que procura enseñar el camino de la virtud se conserve limpio de todo pecado. Si él es malo, el pueblo le añadirá aún más maldad. Debe, sobre todo, aventajar a los demás en la virtud, según lo manda la Escritura... Es decir, no sólo debe hacer desaparecer de su alma las malas cualidades, sino que además debe procurar grabar en ellas las buenas y mejores. Distinguiéndose en la virtud, como se distingue en la dignidad y el honor... Por el contrario, ha de tener muy en cuenta que, si para un hombre cualquiera el vicio lo constituye el cometer torpezas dignas de suplicio y sometidas a una ley dura e intransigente, para el que preside al pueblo, lo constituye, a su vez, el no ser muy bueno y el no acrecentar día a día su virtud». O san Juan Crisóstomo en el *Libro IV sobre el sacerdocio*: «El que por haber alcanzado mayor dignidad cree que por eso le es lícito pecar, no hace sino convertir la misma benignidad de Dios en causa de sus propios pecados, cosa por cierto que suelen siempre decir los impíos y gentes de vida negligente».
- ✓ 3. *Memorial primero al Concilio de Trento*.
- ✓ 4. San Juan Pablo II, exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, 25. Cfr. Concilio Vaticano II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, 12.
- ✓ 5. Ángelus del Domingo 18 de septiembre de 2005.
- ✓ 6. *Plática 1 a sacerdotes*, enviada al padre Francisco Gómez, SJ, para ser predicada en un sínodo diocesano de Córdoba, «La alteza del oficio sacerdotal pide alteza de santidad».
- ✓ 7. «Por otra parte, la santidad misma de los presbíteros contribuye en gran manera al ejercicio fructuoso del propio ministerio; pues, si es cierto que la gracia de Dios puede llevar a cabo la obra de salvación aun por medio de ministros indignos, de ley ordinaria, sin embargo, Dios prefiere mostrar sus maravillas por obra de quienes, más dóciles al impulso e inspiración del Espíritu Santo, por su íntima unión con Cristo y la santidad de su vida, pueden decir con el Apóstol: *Pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí (Gál 2, 20)*».
- ✓ 8. Stefano Guarinelli, *El celibato de los sacerdotes. ¿Por qué elegirlo todavía?*, Salamanca 2015, p. 31. ●



Félix del Valle Carrasquilla

Sacerdote de la archidiócesis de Toledo